

## ANIVERSARIOS

### JOSE CAMACHO CARREÑO

Por este mes de junio hizo 18 años que pereció trágicamente en Barranquilla José Camacho Carreño. Su nombre está vinculado a los mejores días de la elocuencia colombiana, cuando todo un pueblo seguía a sus oradores como si llevaran un carcaj de flechas de oro, cuando se creía en el pensamiento hablado y escrito y tremolaban las banderas de la palabra bellamente dicha sobre las columnas dóricas y jónicas de nuestro Capitolio Nacional. Camacho Carreño constituye, dentro del panorama de la oratoria colombiana, un caso excepcional. Gobernaba los vocablos con maestría refinada, con ímpetu templado, con rigorismo lógico. Un discurso suyo sencillamente era una fiesta de la inteligencia. Construía sus piezas literarias con los más puros elementos del idioma. Su garganta se convertía en un mar de banderas desplegadas. Oratoria intelectual la suya, fulgurante, mórbida, rica en luces difíciles pero que levantaba como un limpio viento de agosto las mejores esencias nacionales. Camacho Carreño constituía un caso único en el panorama cultural colombiano. Porque manejaba la pluma y la oratoria con desesperante perfección. Leerlo era asistir a una fiesta del espíritu, viajar por los mares del idioma que iluminaba con imágenes tersas, multicolores, como una luz de acuario. Conocer la carnadura fulgurante de la que están hechas la piel y la almendra del castellano. En el Siglo de Oro del Idioma, se hubiese codeado con Góngora y con Tirso y los dos Luíses y Santa Teresa, la de las lentas moradas. Y oír su palabra era como sentir un aire marino que nos golpeaba con aletas invisibles llevándonos a esos mundos que Camacho Carreño iba creando como un alquimista maravilloso.

La vida fue dura, cruel y veleidosa con este gran colombiano. Un signo maldito parecía vigilar todos sus actos. Fue la lucha contra el demonio, las euménides y los elementos enloquecidos que pusieron pavura en su corazón.

Hoy vista la existencia de José Camacho Carreño a diez y ocho años de su drama, nos inclinamos con respeto ante sus despojos mortales.

## OK EDUARDO CASTILLO

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G. V6

Un aniversario más de la muerte de Eduardo Castillo, desaparecido para nuestras letras a los 49 años, acaba de cumplirse en este mes de junio.

Imposible ensayar un comentario nuevo sobre la trascendencia de la obra del eximio escritor, o acerca de su personalidad atrayente, pues una y otra, en el transcurso de estos cuatro lustros, han sido relevadas en su exacta significación. Aspiramos en estas líneas, simplemente, a consagrar un recuerdo más de indeclinable admiración a quien sigue siendo uno de nuestros máximos poetas y a quien, no obstante la renovación casi total de las formas tradicionales y sus moldes y la excentricidad actual de los gustos, contaremos siempre entre el número de los grandes líricos de Colombia.

Por su propio esfuerzo, con paciencia benedictina y con un anhelo invencible de superación, se dedicó desde los albores de la niñez a la tarea de su aprovechamiento cultural; temperamento delicado y soñador, alma impresionable por todas las manifestaciones de la belleza, bien pronto se enamoró de las formas suprasensibles, de las emociones recónditas y puras, de ese misterio vago y melancólico que encierran en sí todas las cosas; fruto de su continuo inquirir, de su permanente divagar por el campo de las realidades estéticas, fueron sus versos, poemas donde se funden la sutil elegancia del parnasiano, con el ponderado equilibrio del clasicista; bien dijo Gómez Restrepo, concretándose exclusivamente a sus sonetos, que eran verdaderas ánforas del Renacimiento, de rara perfección y luminosa transparencia.

He aquí estos dos, que parecen haber sido escritos junto a las playas doradas del legendario Egeo:

*Quisiera un verso prestigioso y fino  
como un vaso de altar; un camafeo  
con un perfil de virgen; un trofeo  
digno de un orfebrero florentino.*

*Redoma de cristal, laúd divino  
de un trovador en lírico torneo;  
gema de milagroso centelleo,  
esbelta y noble crátera de vino.*

*Un verso mago en que se aunara el lustre  
de las gemas y el oro a la inefable  
música de la línea amplia y serena;*

*que fuera así como la copa ilustre  
que modeló un artifice impecable  
sobre los senos de la Argiva Helena.*

---

*Cabe el mar de zafir, sobre la arena  
de oro, un joven pastor, hora tras hora,  
hace llorar con voz arrulladora  
su doble flauta de silvestre avena.*

*Es una primitiva cantilena  
que por la fuga de los dioses llora,  
una tonada lánguida y canora,  
dulce como el cantar de una sirena.*

*Un barco pescador, en el distante  
azur, mancha los pálidos confines  
que surcaron las velas de los nautas.*

*Mientras a flor del piélago espumante,  
su dorso rosa agrupan los delfines,  
suspensos del hechizo de las flautas.*

A los anteriores, se unen joyas imperecederas como “A la nave de Virgilio”, “El Ulisida”, “Tristitia rerum”, “Sugestión”, “Alma antigua”, y tantas otras que por derecho propio conquistaron un sitio de honor en las páginas de nuestro Parnaso.

Traductor de singular fortuna, supo entronizar en los versos castellanos la intención, el sentimiento, el espíritu que a sus primitivas composiciones infundieron los poetas de diversas na-

cionalidades que vertió a nuestra lengua: Charles Baudelaire para su “Himno a la Belleza” o su “Letanía a Satán” y Samain para su “Hermafrodita”, no pudieron hallar un más soberbio intérprete.

Extremadamente dúctil, lo mismo nos sorprenden la diáfana sencillez y entrañable delicadeza que se advierten en estrofas como aquella donde

*“El Maestro divino  
sentose en el umbral de la cabaña,  
hizo girar el huso cantarino  
entre sus dedos, y meció la cuna  
sonrosada del niño.....”*

de “Un Evangelio” de Francois Copée, que la perversa intención y el elegante desenfado de esta irreverente muestra wildeana:

*“Jesús se alejó entonces de la ciudad impura  
y lejos de sus puertas, sobre una sepultura,  
vio un joven que lloraba con hondo abatimiento;  
y ¿por qué lloras, díjole con amoroso acento,  
por qué corren tus lágrimas salobres como el mar?  
Yo estaba entre los muertos, clamó con voz dolida  
el joven, y tu verbo me devolvió la vida  
¿y para qué es la vida, sino para llorar?.....”*

En un justo y vibrante anticipo a la aparición de su libro, “El Arbol que canta”, Juan Lozano definió su poesía como musical, fina, sintética y elevada; se dolía, al mismo tiempo, de los que entonces apenas insinuaban el llamado verso de vanguardia, que era y es, según sus propias palabras, la negación de todo orden, de toda disciplina, de todo trabajo; la negación, en fin, del arte poético; el notable ensayista concluía la exaltación del excelso escritor con estas frases, que a pesar de los años, y para infortunio de lo que hoy se oye y se lee, no han perdido su aleccionadora vigencia: “Ante la invasión creciente del vandalismo en el campo de la belleza, sale hoy a la palestra, en circunstancias como nunca oportunas, el libro de arte y de poesía de Eduardo Castillo”.